

Abecedario del abismo

Primera edición: octubre 2023

Título: *Abecedario del abismo*

© Rubén Cerdá

© De la portada, la editorial

© De la corrección, la editorial

© 2023 MarBen Ediciones

contacto: marbenediciones@gmail.com

web: facebook.com/marbenediciones

Instagram: [marbenediciones](https://www.instagram.com/marbenediciones)

ISBN: 9798864803370

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Todos los demás derechos están reservados.



*Abecedario
del abismo*

Rubén Cerdá

La vida es una rama endeble sobre un abismo.

Henning Mankell

Al caos, ese que bulle en mi cabeza
retándome a que deje salir a sus criaturas.

Prólogo

Abismo

Del fr. ant. abisme, este quizá del lat. vulg. *abyssīmus, der. del lat. tardío abys-
sus, y este del gr. ἄβυσσος ábyssos; literalmente 'sin fondo'.

1. m. Profundidad grande, imponente y peligrosa, como la de los mares, la de un tajo, la de una sima, etc.
2. m. Realidad inmaterial inmensa, insondable o incomprensible.
3. m. Diferencia inmensa.
4. m. p. us. infierno (|| lugar de castigo eterno).
5. m. Heráld. Punto o parte central del escudo.
6. m. Nic. Maldad, perdición, ruina moral.

Según la R.A.E., estas son las distintas definiciones de *abismo*, ese lugar sin fondo al que todos hemos bajado alguna vez, o que nos espera, en algún momento de nuestra vida. Nada es lineal, eterno, perfecto. Así es nuestra existencia, llena de momentos distintos, de altibajos, instantes de euforia que se ven eclipsados por una repentina bajada a lo más oscuro, a veces, de nosotros mismos.

Hay ocasiones donde es el entorno el que nos lleva a las profundidades, cuando todo a nuestro alrededor cambia, quizás por una mala decisión, o bien por algo ajeno a uno mismo. Todo se vuelve distinto, negro, desconocido. Una nueva amenaza que nos obliga a verlo todo de forma diferente, a actuar de forma insólita, a sacar una personalidad extraña que nadie cree poseer, pero que está latente en todos nosotros, creada *ex profeso* para ese tipo de situaciones donde la realidad, como en la definición número 2, se vuelve *inmaterial, insondable o incomprensible*.

Otras veces, ese descenso lo motiva un persona, alguien que consigue hundirnos, minar nuestra paciencia, eclipsar nuestro raciocinio, alguien cargado de *maldad, perdición o ruina moral*, como explica el punto número 6.

También está el punto 4, conciso: *infierno*. No siempre es necesario morir para llegar a él.

De ese tipo de situaciones trata *Abecedario del abismo*. Durante los siete relatos que lo componen, el autor nos lleva hacia varios de esos escenarios en los que la realidad se ve alterada, donde lo inmaterial cobra vida. Diferentes estados en los que sus protagonistas deben enfrentarse a lo desconocido, a momentos de sus vidas que marcan un nuevo punto de comienzo, una nueva existencia que, en

tan solo un segundo, les precipitará hasta lo más profundo de ese lugar sin fondo que es nuestra propia alma.

Tras la lectura de estas historias, pensado en sus escenarios y motivaciones, en las sensaciones que transmiten algunas de esas angustias que transforman las vidas de sus protagonistas, no he podido evitar pensar en que quizás, se podría añadir una nueva definición a la palabra abismo. Serían pues, siete, como los relatos de este libro.

7. Incertidumbre.

Os invito a dejaros caer, a disfrutar del descenso.

La editorial.

RECUERDOS

El tiempo no pasa de la misma manera cuando eres niño. Cuando somos adultos podemos contabilizarlo, saber cuánto ha pasado desde el inicio de cualquier evento, aunque sea de manera aproximada. En cambio, cuando eres niño las cosas se miden por momentos, por sensaciones. Con el tiempo las cosas vividas se convierten en recuerdos concretos.

Los adultos pueden ser conscientes de estar viviendo en el infierno. Los niños solo se darán cuenta de que una vez vivieron en el infierno cuando, pasados ya los años, van atando los recuerdos que poco a poco afloran por las noches, diluidos, ocultos como pequeñas pis-tas entre las pesadillas que te arrancan del sueño impidiendo que vuelvas a conciliarlo al darte cuenta de que aquellas imágenes no son invenciones, sino una parte de la historia de tu vida.

Hasta hace bien poco, parte de mi infancia solo era eso, un puñado de recuerdos inconexos.

Los “primeros recuerdos” siempre son extraños, algo caóticos, porque en ocasiones no sabemos realmente si aquella imagen que tenemos en la memoria es un recuerdo veraz de algo que hemos vivido o, una imagen que generamos sobre algo que nos cuentan que hemos vivido. ¿No me digas que no tienes un recuerdo de ese

tipo, uno de esos del que no estás seguro que sea tuyo de verdad?

Los “primeros recuerdos verdaderos”, los que sabemos con certeza que son reales, son aquellos que van acompañados de dolor, los generados por una herida que después cicatriza pero sigue en nuestro cuerpo por toda la vida y nos recuerda aquel instante. Una caída en bici, el golpe en un columpio, un traspie en casa o en el cole, el primer intento de llevar un monopatín. Ese tipo de cosas que hacen los niños y que se quedan grabadas en su piel de alguna manera, un sello, una marca de identidad, algo que nos dice no como somos, sino más bien algo que hacíamos y que muchas veces dejamos de hacer, por miedo, porque cada vez que vemos esa marca recordamos el momento del dolor.

Luego hay otro tipo de cicatrices, las que van por dentro, las que no se ven pero que también van ancladas al dolor y aparecen cuando ya no se es tan niño. La primera pérdida de una mascota, la despedida de un ser querido, el corazón roto de aquel primer amor que creíamos eterno y quiebra nuestro mundo en mil pedazos, y ya nada vuelve a ser igual, hasta que llega el segundo gran amor (a veces).

Y después existe ese otro tipo de recuerdos del que te voy a hablar, de esos que al crecer vas dejando a un lado porque no los consideras muy importantes, porque forman parte de una realidad que te obligan a ver como normal, quizás para no enloquecer. Pero esa locura es la que acaba estallando en los sueños de adulto para hacer-

te comprender, para que no olvides y sepas de una vez por qué eres como eres.

En mi caso siempre he sido una persona esquiva, no muy hablador, poco social, serio dicen unos, osco otros. Yo siempre he pensado que soy así porque así nació, hasta que comprendí que aquello que vivimos es lo que nos da forma, como el agua a las piedras. Las de los arroyos son suaves y curvas, redondeadas. Las de los acantilados son cortantes, llenas de oquedades como oscuras cicatrices. El agua es la misma, solo cambia la fuerza con la que golpea las rocas.

Mi padre siempre fue un hombre divertido, sonriente, práctico. Pero a veces las sonrisas se acaban, te las arrebató el destino más bien. Recuerdo de él muchas cosas buenas, días de sol y playa, juegos, canciones. A él leyendo, absorto en un rincón del sofá con los ojos encendidos de atracción por lo que contaban aquellas páginas sin dibujos, algo que no lograba entender. Recuerdo los paseos entre la hierba alta de la primavera, buscando bichos y llamándome con marcado asombro para que viese un nido de golondrinas en los bajos de un balcón. Recuerdos indelebles, sí, pero desmarcados en importancia por otros más potentes, los que para un niño de siete años llevan implícita la incompreensión de lo que está ocurriendo.

Uno de esos recuerdos, el primero a decir verdad, era el ver a mi padre hablando en susurros con mamá. Se habían dejado la puerta del dormitorio entreabierta, no

podía oírlos pero si ver sus caras de preocupación mientras la televisión seguía encendida en el salón, emitiendo un canal de noticias donde parpadeaban incesantes, en color rojo, las palabras ÚLTIMA HORA.

Papá cogió la cara de mamá entre sus manos y fue algo que él dijo lo que la hizo llorar antes de abrazarse. Acto seguido, los dos comenzaron a sacar varias bolsas y mochilas y las llenaron de ropa, enseres personales, comida, agua... No entendía nada, era como preparar una excursión o unas vacaciones, aunque sus caras eran unas máscaras tristes, un reflejo gris de sus verdaderos rostros. Cuando las bolsas estuvieron llenas, papá aún encontró hueco para meter un par de sus libros y alguno que otro de mis cuentos. Entonces nos llamaron a mi hermana y a mí al salón, enmudecieron la televisión y nos explicaron que debíamos irnos de viaje. Alma comenzó a llorar, quizás porque era cuatro años mayor y entendía algo más las cosas. Yo percibía sus preocupaciones pero no lograba entender el por qué de aquella escapada, una huida carente de sentido.

Salimos de casa recién estrenada la noche y viajamos en coche durante horas hasta que tuvimos que dejarlo a un lado en la carretera. El asfalto estaba repleto de vehículos abandonados y parecía un caótico desguace serpenteante que solo permitía avanzar a pie entre aquellos cadáveres de metal y plástico. Amanecía cuando comenzamos a caminar y recuerdo que aquellos primeros rayos de sol hacían crujir los tallos verdes del esparto que se habían contraído por el frescor de la noche.

La carretera se adivinaba interminable en aquel horizonte anaranjado. Para mí solo era eso, un camino que llevaba a otro lugar desconocido. Recuerdo aquellos tonos dulces, aunque entonces aún no era capaz de apreciar aquella belleza cromática. Mi corta edad no podía adivinar lo que significaba en realidad, lo que los rostros de los cientos de adultos que nos acompañaban en el camino llevaban tatuado en sus ojeras, en sus labios curvados hacia abajo, en su mirada ensombrecida por los quizás y el ojalá. Yo ni siquiera podía imaginar que aquella carretera significaba que de momento ya no habría más días de cole, de jugar en el recreo con los amigos, ni más tardes de cine, hamburguesas y chuches. Tampoco era capaz de pensar que quizá ni siquiera habría otro despertar.

Desde aquella mañana de cielo con tonos inofensivos, se sucedieron los días de forma imprecisa, sin poder llegar a decir cuántos fueron realmente. Mi noción del tiempo aún se estaba desarrollando y nuestra única rutina consistía en desplazarse, avanzar y descansar a cualquier hora, de día o de noche, sin momento preciso, solo cuando el entorno lo permitía. Sin embargo, de aquella primera tarde si recuerdo algo, algo nuevo, lo que se queda marcado por la fuerza de las primeras veces. La gente que nos acompañaba comenzó a detenerse más adelante, y nosotros con ellos aún sin saber muy bien por qué. Percibimos en el silencio un rumor impreciso que crecía en intensidad. De pronto numerosas personas comenzaron a pasar corriendo junto a nosotros en di-

rección contraria. Empezamos a oír rugidos de motores que se acercaban. Fue entonces cuando papá nos agrupó con sus brazos para mantenernos juntos, se agachó y me dijo «Escúchame, no te preocupes, vamos a jugar al escondite ¿me oyes? Lo has hecho cientos de veces en el cole y ahora nos toca jugar en familia». Papá me cogió en brazos y a mamá de la mano, quien sujetaba a su vez la de Alma, y entonces corrimos, corrimos hasta una arboleda cercana y nos adentramos en ella mientras papá buscaba entre la alta hierba y la base de los troncos de los árboles. Buscaba un escondite lo suficientemente grande para los cuatro y no paró hasta encontrarlo. Nos metió en él casi a empujones y entonces empezó a arrancar grandes puñados de ramas y tallos de una hierba grandísima que no he vuelto a ver nunca, echando aquello sobre nosotros en un intento de hacernos invisibles. Mamá abrazaba a Alma mientras yo me aferraba a su costado hasta que papá entro en aquella especie de madriguera, cubriendo la entrada con más de aquellas ramas, tapando mi miedo con sus brazos.

Aguardamos en silencio oliendo a tierra húmeda, tallos verdes y el toque suave de las setas tiernas, mientras aquellos motores pasaban a pocos metros de nosotros. Permanecimos inmóviles casi una eternidad, tanto tiempo que tuve la sensación de haber dejado atrás varios cumpleaños.

Tras aquello recuerdo con intensidad el silencio, horas de andar sin que ninguno hablase. Podíamos per-

cibir la tristeza y la preocupación en las caras de nuestros padres y no nos atrevíamos a decir nada. Ellos, imagino, tampoco tendrían ganas de hacerlo.

Oscurecía cuando nos acercábamos a un pueblo del que no podría decir el nombre. Por la carretera en la que andábamos empezamos a coincidir con otras familias que, como nosotros, trataban de dejar atrás los problemas sin importar lo que se encontrase delante, todos en silencio compartiendo destino y sentimientos sin necesidad de mediar palabras. A las puertas de aquel lugar, en las primeras calles devastadas y ruinosas, olía a humo, a cosas chamuscadas, a pérdida. Mi padre me cogió en brazos y en el momento en que me alzaba vi brevemente que más a delante había cosas amontonadas en mitad de la calle. No supe qué era aquello porque papá me apretó la cara contra su hombro y no me dejaba mirar. Mamá y Alma lloraban y mi padre comenzó a tararear una canción que nunca he conseguido identificar, imagino que la inventó en aquel momento, desesperado.

Pasados varios minutos me permitió levantar la cabeza, todo seguía oliendo a quemado, podía ver varias columnas de humo alzarse en distintos puntos, eran grises, como si la tristeza tratara de escapar de aquel lugar flotando, disolviéndose en el aire rancio de aquel pueblo que pronto serían ruinas fantasmales, un lugar abandonado y maldito, por siempre. Mamá me sonreía a pesar de tener los ojos rojos y la mirada rota, y Alma... ella simplemente miraba al suelo, la vista fija en sus zapatos repletos de barro reseco, como su presente continuo, y la

mente perdida en cualquier otro mundo que no fuese aquel.

Papá volvió a dejarme en el suelo y caminamos entre escombros durante un buen rato. En mitad de aquella calma algo explotó más adelante y todo se llenó de polvo, tierra y gritos. Recuerdo que no podíamos ver nada y mi padre me agarró de nuevo, de la mano esta vez, con tanta fuerza que me hacía daño. Tiraba de mí sin saber yo hacia dónde. Mamá y Alma estaban tan solo a unos metros por detrás.

No volvimos a verlas. Papá y yo nos apretujábamos contra un muro mientras en la distancia se escuchaban disparos, lejanos y toscos, como en una película.

Cuando el aire perdió densidad a nuestro alrededor y comenzábamos a ver, papá se asomó con cautela por una esquina. Los disparos cesaron, solo había gente corriendo por todas partes y nos sumamos a ellos buscando a mamá y a mi hermana por todas partes, tras los coches, bajo los escombros, en los rincones junto a la basura. Incluso lo vi voltear a varias personas que yacían en el suelo inmóviles, muertas quizás, aunque eso solo lo he pensado mucho tiempo después, pero no con siete años.

Papá comenzó a preguntar a otras personas pero todos estaban demasiado ocupados para ayudarnos, también trataban de buscar a otros, o corrían sin escuchar a nadie, o se apretaban heridas envueltas en un rojo carmesí que resaltaba entre el gris que todo lo cubría, el rojo color de la sangre que se escapaba entre los dedos. Hasta la vida quería huir de allí.